Sarmiento

En homenaje a la memoria del autor de *El Profeta de la Pampa*

Sus enemigos, en el largo combate que duró cincuenta años, habíanlo llamado: salvaje, baragán, rancharo, sargento, caballo, chancleta, ignorante, embustero, plagiaro, malnacido simulador, mentecato, ególatra, loco, criminal, cobarde, ladrón, mercenario, cinico, dulcamara, difamador, pandillero, hipócrita, villano, mariscal, ratero, bolsillos sucios, pérfido, traficante, patibulario, gallina, desleal, despota, sanguinario, canalla, miserable, impío, egoísta, malvado, grosero, aleve, protervo, empecinado, ateo, rufián, corrompido, logrero, bribón de la peor especie, traidor a la patria, changa renga, sanjuanino canalla, cuyano, gaucho malo, hombre de cancha, aventurero, mal hijo, escritor de pega, borracho, falto de seso, animal, envenenador del primer marido de su mujer, y aun otros dicterios con que podríamos formar una antología de la infamia. Coro de la ruindad efímera en contraste con la verdad triunfante más allá de la muerte.—RICARDO ROJAS.

ERA Sarmiento un bárbaro que creía en la civilización. Nació en un repliegue escondidísimo al pie de los Andes, en 1811. A los veinte años no había visto el mar. Su mundo era el de una aldea medio blanca, medio india, retenida por las ataduras del pasado inmediato colonial. San Juan era de barro crudo, secado al sol. Las casas de adobe, los techos de tierra, las calles unas veces de lodo, otras de polvo. Los más aventureros eran arrieros que con las tropas de mulas repasaban los caminos de herradura de la cordillera vecina. Las gentes más sosegadas echaban raíces en el pueblo. Crecían secas y fuertes. Acababan dando la sombra que ofre-

ce el árbol de la muerte. En torno a las pocas casas del pueblo, entrepin-tándose con ellas, los solares. A veces una higuera, a veces un parral. Se cruzaban por la mitad de la calle —mejor que por las aceras desportilladas— burros, indios huarpes, españoles trasplantados dos siglos antes. Sombras. Almas. La independencia había ocurrido el mismo mes en que Sarmiento fue concebido. Cuando él nació era el año primero, ¿de qué? ¿De la república? No: de la ambición, de la esperanza de ser una nación, de acunar la libertad. Era el pueblo que después de tres siglos de noche de espera quería desembocar en una madrugada limpia. Un día se le enrostró a Sarmiento la circunstancia de haber nacido en un barrio de segunda de San Juan. No tanto. "He nacido —replicó él— en una provincia ignorante y atrasada, no como cree don Domingo Godoy en el barrio de San Pantaleón, sino en otro más oscuro todavía, llamado el Carrascal. He nacido de una familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina de la indigencia... Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan el camino a los que vagan por los campos..."

Sarmiento tenía cuatro años cuando su padre entró en los ejércitos libertadores. Era el padre un arriero, un peón, que desde la rusticidad de su pobreza decía: "Mi hijo irá a la escuela, será un hidalgo, jamás sus manos se ensuciarán removiendo la tierra con azada". Era lo que todos pensaban con su ilusión de la república. El padre soldado trepó la cordillera, peleó y regresó con la gloria de haber estado en la batalla de Chacabuco. ¡Qué hermoso fue el día de la llegada! Las relucientes cornetas amarillas. Los prisioneros godos. La gente agolpada en las calles para saludar a los vencedores. Sarmiento pasó ese día bajo un arco de triunfo formado para él por los caballos. "Estando cerrada la estrecha calle con caballos de escolta, comitiva y ciudadanos traídos por la novedad del caso, arremetí con lo encapillado, es decir: la camisita, mi único arreo, por debajo de las barrigas y los pescuezos de tanto caballo, hallando la cosa más natural del mundo, y con sólo agacharme un poco, en tránsito por debajo de aquella bóveda de barrigas y cabezas para llegar al Salón de Gobierno, plantarme en el centro hasta poder discernir a mi polvoroso y asoleado padre, y saltar sobre sus rodillas..."

Olían las calles a pólvora. El tambor mayor era un mocito chileno. A los pocos días todos eran amigos de él en el pueblo. Los chicos le daban pasas moscatel y a cambio de esto él refería incidentes de la batalla. Otros, los mayores, irrumpían en la vida parroquial con sus costumbres mili-

tares. "Recuerdo al colosal capitán Ross, francés, que recorrió muchas cuadras para alcanzar a un pícaro que me quitó el sombrero en una noche de fuegos". Bajo el galope de los caballos de la tropa sonaba el piso de las calles como el cuero de un tambor. Podía entonces soñarse en cosas grandes. Por ejemplo, en el mar. ¿Cuándo llegaría Sarmiento a ver el mar? ¿Cómo sería, con sus buques cargados de progreso? Espejismos de la civilización vistos desde el rincón bárbaro del pueblo...

Con amor filial recoge Sarmiento, ya viejo, las escenas de los rudos soldados que alumbró el glorioso sol de Chacabuco. Tras la guerra vendría la ilustración. El padre quería que estudiara. El niño le hacía coro. No estaba bien definido, en su confusa ambición, si sería clérigo, como sus tíos, o soldado, como su padre. El padre mismo decidió que lo primero era leer. Como lector, se colocó a la cabeza de los demás muchachos en la escuela. Lo llevaban a las casas para que pusiera en voz alta lo que estaba escrito en los libros. Era el prodigio del pueblo. No sólo seguía los escritos, sino que los entendía. Pronto fue capaz de devorar libros enteros. Y Sarmiento vio que esto era bueno. Desde entonces quiso que todo argentino supiera leer, y leyera. El padre, por las noches, lo obligaba a enfrascarse en la *Historia Crítica de España*. El arriero se hizo inflexible tomándole la tarea. La madre, que una vez supo leer y luego lo olvidó, seguía estas disciplinas con entrañable ternura todas sus ilusiones estaban ya puestas en el hijo. En la escuela construyeron una tarima para que la ocupara "el primer ciudadano de la clase". Sarmiento se ganó el honor. "Los elogios de que fui siempre objeto, han debido contribuir a dar a mis manifestaciones cierto carácter de fatuidad..."

Los niños trabajan y juegan, leen y pelean. Sarmiento dividió a los chiquillos de San Juan en ejércitos. Armados de piedras y palos movieron sus guerras. La batalla del puente fue famosa, y dramática. Aunque en ella Sarmiento quedó derrotado, la ha descrito con más minuciosidad que la de Caseros. Él llevaba en su tropa a Barrilito, capaz de toda fechoría; al Piojito, entonces de once años, pero que más tarde peleó con Facundo Quiroga y alcanzó el honor de ser fusilado; al Chuña, chileno, ya mayorcito y "un poco imbécil"; al larguirucho Velita; al gaucho Riberos; a Capolito... No recordaba el año de este combate, porque "los niños no saben nunca el año en que viven". Todo el vecindario fue siguiendo con creciente interés la lucha de las pandillas. Un domingo Sarmiento dio la impresión de un mocosito César vencedor. A golpes de tambor, redoblando en tarros de lata, paseó por las calles de San Juan el cordón de

prisioneros. Los vencidos se prepararon para la revancha y se anunció una batalla campal. Lo que pueden las leyes del corazón: la chiquillería que hasta ese momento no se había cargado a ningún bando, pasó a sumarse a los vencidos. Corrió la voz de que sobre Sarmiento lloverían piedras como granizo. Desde la víspera nuestro caudillo fue registrando deserciones. El día del encuentro, en la mañana, andaba él cabizbajo, con menos de una docena de leales, y cada cual con sólo una astilla de palo y dos o tres guijarros entre el bolsillo. Echaron calle abajo. Llegaron al puente que no era sino un angosto pasadizo. Sarmiento se incorporó como un gran capitán cuando vio, al otro lado del río, un montón de piedras. Le brillaron los ojos. Entendió que allí estaba el arsenal y la estrategia. Se atrincherarían en la otra orilla y se harían invencibles. Llegó el enemigo. Ordenó Sarmiento en voz baja no lanzar un proyectil hasta no tener al adversario a tiro de te pongo los ojos negros, te rajo la cabeza. Los adversarios, en alegre y desprevenida muchedumbre, avanzaron entre risas y gritos desafiantes: se les recibió bajo una lluvia de rocas. Retrocedieron... pero sólo por unos instantes.

La desproporción de los ejércitos, si hemos de creer a Sarmiento, era de ciento contra uno. ¿Dijo él, esta vez, la verdad histórica? Quizá sí, quizá no. La familia de los Sarmientos "tiene en San Juan una no disputada tradición de embusteros". Y si Domingo Faustino dijo siempre la verdad, lo hizo sólo por contradecir "esta innata y adorable disposición de la familia..."

Los de la gran pandilla aprovecharon las piedras que les cayeron a montones para sus propios pertrechos. A Sarmiento se le volvió el Cristo de espaldas. Salió con los brazos llenos de cardenales. "Quisieron algunos desalmados compelerme a seguirles en clase de prisionero; opúseme con el resto de energía que me quedaba, teniendo mis dos brazos caídos y empalados; intervinieron en mi favor los hombres que venían en la comitiva, dando su debido mérito y todo el honor de la jornada a los vencidos. Retiréme a casa bamboleándome de extenuación..."

El combate del puente, y otros parecidos, no arrojan claridad suficiente sobre el destino del niño peligroso de San Juan. Su porvenir seguía incierto. "Criábame mi madre en la persuasión de que iba a ser clérigo y cura de San Juan a imitación de mi tío, y mi padre me veía casacas, galones, sable y demás zarandajas". Sarmiento jugaba con barro, que era lo que había para jugar en San Juan, y unas veces hacía santos, otras soldados. A los santos los colocaba en nichos; a los soldados, en línea de batalla, defendiendo puentes. Él, en barro, de la costilla de un Adán,

podía sacar una Eva. De ser cura, sería obispo, gran orador sagrado que agitaría alguna bandera política desde el púlpito. Ahora en San Juan —cosas del siglo XIX— se trataban todos de “ciudadanos”, y él lo era desde la escuela. De trece años asistía a la capilla del jorobado Rodríguez que tenía candeleros, incensarios, campanas, casullas. Hacían procesiones y decían misas. Él era el predicador. Los frailes de Santo Domingo asomaban las narices para divertirse viendo al muchacho en la cátedra, remedando a su tío, y cantando la misa.

Pero lo que le dominaba era la pasión de leer. Leía, claro está, como un bárbaro. Su tío, el presbítero José de Oro, le inició en el latín y en otras cosas más serias. Era de Oro un hombre original. Llevaba con Sarmiento un cuaderno que titularon *Diálogo entre un campesino y un ciudadano*. El cura era el campesino, Sarmiento el ciudadano. A los quince años Sarmiento abrió su propia escuela en San Francisco del Monte para enseñar a los labradores de los contornos. Como tenía sistema, orden administrativo y mucha iniciativa, la viuda de Soriano Sarmiento le encomendó el cuidado de su tienda. Sarmiento madrugaba, barría el piso, ponía cada cosa en su lugar —el azúcar, la yerba, los tabacos— agarraba un libro y se ponía a leer. Una beata que pasaba por ahí lo veía y se persignaba. Era patente que el muchacho tendría que ver con el diablo: “Hace un año que todos los días, a cualquiera hora que paso, siempre está leyendo, y no han de ser libros buenos los que lo tienen tan entretenido”.

A los 18 años entró al ejército. De paso aprendió con un antiguo soldado de las tropas napoleónicas, francés. A los veinte, empeñado ya en la lucha contra la tiranía, cruzó la cordillera, llegó a Chile, le hicieron maestro de escuela. Fue a Valparaíso, vio el mar civilizador, y trabajó como dependiente en una tienda: le pagaban una onza mensual; la mitad se la entregaba a un inglés para que le enseñase su lengua. Pasó unas minas y fue capataz en La Colorada: por la noche, en la cocina, daba lecciones de francés y castellano a los mineros. Leía hasta en el fondo de los socavones. Tradujo sesenta tomos de las novelas de Walter Scott. Un volumen por día. Era un bárbaro.

Escribe Lugones: “A pesar de sus recomendaciones para el buen trato de los libros, sacrifica los suyos a la urgencia de la tarea. Anótalos con lápiz o tinta, al azar; quíébralos por el lomo, sin miramientos; apaga la vela con ellos, a despecho de la buena encuadernación”.

Tuvo Sarmiento una infancia mágica. Oía cuentos de brujas, en tierra

de brujas. Entre las viejas protegidas de su madre estaba Ña Cleme, que en toda la vecindad tenía fama de voladora, confirmada por la circunstancia de vivir en el barrio Piyuta. Ña Cleme llegaba a la casa de doña Paula y comenzaba sus cuentos dando a entender todo lo que podía hacerse en materia de curaciones, amores, cosas perdidas, protección contra los enemigos, mordeduras de bichos. Bastaba, para satisfacer todo deseo, saber las oraciones que sólo enseña la magia. La oían los niños boquiabiertos, y doña Paula se las veía luego en apuros para disiparles estas ideas repitiendo las explicaciones que había dado el cura Castro, gran perseguidor de las brujas de San Juan. Sarmiento era ya hombre cuando la policía hubo de averiguar la verdad sobre una joven bruja, sometiéndola a interrogatorio. Para pasmo de los jueces, después de confesar sus relaciones con el diablo, la bruja se echó a llorar: "Es bueno que me castiguen a mí que soy pobre y no han de castigar a doña Teresa Funes, a doña Bernarda Bustamante, a..." Y fue soltando la lista de las más empingorotadas matronas del pueblo que andaban en las mismas.

Sarmiento, tan hermosamente irracional en los momentos de más color de su vida, si atacó las supersticiones, las pintó con un gusto que les conserva su encanto primitivo. Ya viejo, resumía su larga experiencia: "Yo creo en muchas y muy misteriosas relaciones que escapan a las leyes conocidas, y que la lógica repugna". A las brujas de San Juan, de un soplo de su magia literaria las redujo al puro embuste a que debían su vida... y las hizo inmortales.

Con los años se hizo racionalista, socialista, positivista. Cuando iba a morir le dijo a su hija: "Yo les he respetado sus creencias sin violentarlas jamás. Devuélvanme ahora ese respeto. Que no haya sacerdote junto a mi lecho de muerte. No quiero que una debilidad pueda comprometer la integridad de mi vida".

Tenía Sarmiento treinta y seis años cuando regresó a San Juan. Venía de Chile, enfermo, a que lo sanara el aire de su tierra. Se puso en seguida al trabajo. Hizo teatro. Pintaba las decoraciones y hacía de actor. Organizó una sociedad literaria inspirada en las ideas revolucionarias y constructivas de la Asociación de Mayo, fundada por el romántico Echeverría para levantar una joven y nueva Argentina.

Leyó entonces a Víctor Hugo, Chateaubriand, Lamartine, Dumas, Guizot, Thiers, Tocqueville, Lerminier, Leroux, Schlegel, Didier, Cousin, Villemain, Jouffroy, la *Revista Enciclopédica*. . . Escribió un folleto prospectando una escuela para señoritas. Se le hizo director de la Imprenta

de San Juan. Inventó un uniforme para los niños de las escuelas. Fundó un periódico: *El Zonda*.

Para fundar *El Zonda* promovió una tertulia presidida por su avasalladora personalidad. En ella no se trató del periódico: esto era cosa sabida. Lo esencial era el nombre. He aquí los títulos que se barajaron, y los comentarios de Sarmiento: "¿'El Patriota Argentino'? Eso está desacreditado: no es sanjuanino, no es casero. ¿'El Sanjuanino'? Menos: no se oye sino fuera de la provincia y huele a aguardiente. ¿'El Casero'? Chabacano. ¿'El Sentido Común'? Y ¿quién lo tiene? Teniéndolo, ¿a dónde iría a parar el periódico? En casa del ahorcado no se nombra la sogá. 'El Mercurio', 'La Gaceta Mercantil'... ¿en un país donde no hay sino viñas arruinadas, potreros y abrojos? ¿'Un Diario de la Tarde', que aparece cada 8 ó 15 días?" No. Se aclamó el nombre de *El Zonda*. Zonda era el río, el viento, el valle de San Juan. Sonaría grato a los oídos de las mozas que zabullían en la frescura de sus aguas. Evocaría el paisaje alegre de los campos cubiertos de rebaños, con que blanqueaban en los montes. Y zonda era el viento. "Viento abrasador, impetuoso, que destruye lo que no está bien arraigado, cuyos vanos esfuerzos se estrellan contra las rocas y edificios sólidos; que agosta las plantas y desgaja los árboles robustos. En su carrera levanta pardos y sofocantes torbellinos de polvo, arenisca, basuras. Limpia en la ciudad unas veredas y ensucia otras... Es pesado, molesto, relaja las fibras y produce fuertes dolores de cabeza, en los viejos principalmente... Purifica la atmósfera, se lleva y aleja consigo las tempestades. Provoca otro viento fresco que hace olvidar los destrozos..."

Comenzó a soplar el Zonda. Unos reían. Otros bramaban. Había que cerrar las ventanas de la gobernación porque amenazaba arrancarles los postigos. El gobernador lo sentía silbar por las rendijas. Que se tuvieran firmes las mujeres: el zonda podía levantar las faldas. Gozaban las mozas: ¡ah, las aguas deliciosas del Zonda! Llamó el gobernador a Sarmiento a su despacho. Le inventó un decreto de impuestos: era para cerrar el periódico. Era el destino azaroso del luchador que comenzaba.

Para despedirse de sus lectores, *El Zonda* hizo testamento. Legaba a los arrieros y traficantes los manuscritos sobre caminos y postas, no publicados; a los hacendados y labradores los que trataban sobre agricultura: abonos, desagües, nuevos cultivos: el cáñamo, la caña de azúcar, la morera...; a los ciudadanos los escritos sobre inmigración, escuelas, diversiones públicas, teatros...

El gobernador siguió llamando a Sarmiento a su despacho. Cada

entrevista era una batalla. El gobernador era duro; Sarmiento peleador. La cuarta entrevista hay que entregarla a la pluma de Sarmiento: como consecuencia de ella "me prendieron a la oración. Al presentarse la escolta que debía conducirme a la cárcel, el ruido de los sables me hizo estremecer... Zumbábanme los oídos. Tuve miedo, pavor. La muerte, que creí decretada en ese momento, se me presentó triste, sucia, indigna; y no tuve valor para recibirla en aquel carácter... En mi calabozo me remacharon una barra de grillos. Pasaron los días, y como los ojos a la oscuridad, el espíritu se habituó a dominar las zozobras y el desencanto... El 17 de noviembre, a las dos de la mañana, un grupo de a caballo gritó, parándose enfrente a la cárcel: '¡Mueran los salvajes Unitarios!' Tan sin antecedentes esta aclamación, tan helado y acompasado salía aquel grito de las bocas de los que lo pronunciaron, que se conocía que era una cosa calculada, convenida, con pasión... A las cuatro repitieron la misma dosis, mientras yo velaba escribiendo una zoncera que me tenía entretenido. Al alba se introdujo en la prisión un andaluz que la echaba de borracho, y entre agudezas y bromas risibles para distraer al centinela, al pasar haciendo equis cerca de otro preso que me acompañaba, dejaba caer frases entrecortadas: '¡Los van a asesinar!... ¡Las tropas vienen a la plaza!... ¡El comandante Espinosa los va a lancear!... ¡Al señor Sarmiento!... ¡Sálvense si pueden!...' "

En aquellos tiempos, asesinar, judicial o extrajudicialmente, era ejercicio cotidiano. Los fusilamientos formaban parte del mundo de recuerdos que Sarmiento conservaba con esa fidelidad que los ha convertido en una de las obras de más nítido dibujo, de más auténtico colorido en la literatura americana. No tenía sino ocho años cuando vio en los desfiles al capitán Biendicho que fusiló a Siqueira y a sus tres compañeros. A Biendicho, a su turno, lo vio degradado y fusilado en la plaza pública "como vi asimismo al tambor que recibió sus despojos, casaca, etc., y era conocido mío..."

Volvamos al cuento. "Escribí al obispo que no se asustase, y que tratase con su presencia de salvarme... pero el pobre viejo hizo lo contrario, se asustó, y no pudo hacer que sus piernas lo sostuvieran. Las tropas llegaron y formaron en la plaza. El niño que estaba a la puerta del calabozo, a guisa de telégrafo, me comunicaba todos los movimientos. Algunos gritos se oyeron en la plaza. Carreras de caballos. Vi pasar la lanza de Espinosa que la pedía. Hubo un momento de silencio! Y luego ochenta oficiales se agruparon bajo la prisión gritando: '¡Abajo los presos!' El oficial de guardia subió y me mandó salir. '¿De orden de quién?' 'Del

comandante Espinosa'. 'No obedezco'. Entonces pasó al calabozo vecino y extrajo a Oro, y lo exhibió; pero al verlo gritaron de abajo: '¡A ése no! ¡A Sarmiento!' Vaya, pues, me dije yo, no hay manera de excusarse aquí; porque ya le había a mi compañero jugado otra vez el chasco de hacerle poner los grillos más gordos, por una negativa imperiosa a recibirlos antes en mis delicadas piernas. Salí y me saludaron con un '¡Hurra!' de mueras y denuesttos aquellos hombres que no me conocían, salvo dos que tenían razón de aborrecerme. '¡Abajo! ¡Abajo! ¡Crucifige eum!' '¡No bajo! ¡Ustedes no tienen derecho de mandarme!' '¡Oficial de guardia! ¡Bájelo a sablazos!' 'Baje usted', me decía éste, con el sable enarbolado. 'No bajo', tomándome yo de la baranda. '¡Baje usted!' y descargaba sablazos de plano. 'No bajo', respondía yo tranquilamente. '¡Déle usted de filo!', gritaba Espinosa espumando de cólera. 'Si subo yo lo lanceo, señor oficial de guardia!' 'Baje usted, señor, por Dios', me decía bajito el buen oficial, verdugo a su pesar y medio llorando, mientras me descargaba sablazos; 'Voy a darle de filo ya'. 'Haga usted lo que guste, le decía yo quedo: no bajo'.

"Algunos gritos de espanto de dos ventanas de la plaza, salidos de bocas que me eran conocidas, al ver subir y bajar aquel sable, me habían conturbado un poco. Pero quería morir como había vivido, como he jurado vivir, sin que mi voluntad consienta jamás en la violencia... Había además, en aquella situación, una pillería de mi parte, que debo confesar humildemente. Yo me había cerciorado de que Benavídez (el gobernador) no estaba en la plaza... La baranda del cabildo era realmente mi salvación. Las tropas han venido a la plaza, luego Benavídez no tiene parte en la broma..."

Y así fue. Llegaron los criados a casa de Benavídez y le gritaron: "¡Señor, están matando a don Domingo!" Ya Espinosa había subido con otros oficiales y trataba de agarrar a la fuerza, y a fuerza de lanzazos, a Sarmiento, cuando la presencia del gobernador detuvo a la muerte. Lo más a que alcanzaron ese día, fuera de dejarle el cuerpo como un colegio de cardenales, fue a afeitarle. Al día siguiente escapó a Chile, y dejó escrito en la pared de su cuarto: "On ne tue point les idées'."

Paula Albarracín era la madre de Sarmiento. Mejor sería llamarla Santa Pobreza. Es la estampa perfecta de la madre americana. Tenía ojos azules, menudo el cuerpo, fina la nariz, apergaminado el rostro, delgados los labios, la sonrisa irónica. Estilizada como para cortar de filo el viento zonda y no dejarse llevar. Albarracín suena a árabe y ella vivía

a poca distancia del desierto, de un desierto para el cual pensó Sarmiento en aclimatar camellos. Ella, de árabe, tendría las manos bailadoras, pero no adiestradas en el pandero y las castañuelas, sino en el huso y la aguja. No se le arrugó la frente con los años, como les pasa a las beatas, pero el hijo la encontraba llena de desigualdades protuberantes, "como es raro en su sexo". El padre de doña Paula, don Cornelio, fue dueño de la mitad del valle de Zonda y de tropas de carretas y de mulas. Una enfermedad dejó a don Cornelio pegado a la cama por doce años, y Paula y sus catorce hermanos fueron comiéndose, sin saberlo, aquella fortuna, que en realidad, en ese rincón del mundo, valía muy poco. Cuando la moza de veintitrés años, huérfana, miró de frente la vida, se encontró miserable, dueña sólo de un solar, sin otra riqueza que la sombra de una higuera. A la sombra de la higuera montó su telar. Hilaba, tejía, fabricaba los tintes. La lanzadera en sus manos volaba de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, más veloz que si la tiraran resortes eléctricos. Sarmiento, ya viejo, acariciaba esa lanzadera como talismán pulido, abrigado por aquel afán laborioso de la madre infatigable. Paula, Paula la moza, estaba resuelta a que del telar brotaran las paredes, el techo de una casa. Hacía nascotes, género muy solicitado porque era el que se usaba para hábitos en varias órdenes religiosas. Con el trabajado de una semana, Paula hacía la tela para el traje de un fraile, y con la plata del hábito del fraile compraba adobes. Adobe sobre adobe, iba creciendo la casa. Dos esclavos de las tías Irarrazábal le sirvieron para echar los cimientos. Luego vinieron peones y maestros. La vigilancia y el ejemplo de la moza hacían que las paredes se vieran crecer. Se techó la casa. Luego fue surgiendo la huerta: tres naranjos, un durazno, un pozo. Lo Albarracín está en esto: agua morisca, naranjas de Andalucía. "Un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario". Y rosas. Naturalmente, las rosas, para perfumar afuera el aire, y para colocarlas en pobres florejos de loza al pie de dos horribles y preciosas imágenes de Santo Domingo y San Vicente Ferrer. Estas imágenes vinieron a ser, en la sala, las dos grandes cartas del naípe místico que llenaban de oros la candidez de Paula Albarracín.

En cuanto hubo casa, y huerto, y brevas negras en la higuera, y rosas frescas en el huerto, José Clemente Sarmiento, peón en la hacienda de la "Bebida", arriero, alegre, con "una irresistible pasión por los placeres de la juventud", hizo el amor a Paula. Se casaron. Él le ofreció por regalo de bodas su pobreza. El Sarmiento y la Higuera fueron así escudo que, en la fachada de adobes, dibujó el viento. ¡Aquello sí era nobleza! A José Clemente se lo llevaba y lo traía el viento, el zonda zumbón, como

se van y vuelven el polvo y las tropas de mulas. Paula lo esperaba bajo la sombra de la higuera, y le tenía, para recibirlo, las brevas más ricas, las naranjas más dulces. El resto eran la pobreza y el corral de las gallinas.

Esas cosas Sarmiento las llevaba como la carga de su corazón. "Dulce memoria del telar", dice Lugones, "casi cantado en los *Recuerdos de Provincia*". Cuando ya el gran Sarmiento tenía su buena casa en Buenos Aires, casa de tres patios, con el zaguán muy hermoso decorado al fresco por él mismo con escenas de la casa de Livia en Roma tomadas de la *Historia Romana* de Duruy, y se echaba en la cama por la noche a descansar de las duras fatigas del gobierno, de las peleas del congreso, pasaba la mano por la colcha tejida por su madre, y se dormía. Era una colcha que sobre un fondo de rosas de hilo, en letras bordadas, decía: "Paula Albarracín a su hijo D. F. Sarmiento, trabajo de sus manos a los 84 años de edad". Por abrigar a su hijo con una colcha de amor, Paula era capaz de recordar los signos del alfabeto.

Y cuando Sarmiento soñaba, soñaba en su madre tejiendo corpiños de seda, pañuelos de lana de vicuña que se enviaban a España de regalo, corbatas y ponchos de lana suavísima, añajados para albas, randas, miñiques, mallas... Fabricando velas de sebo, sacando blanco y exquisito almidón, preparando tintes. Nadie supo tanto como ella de tintorería... Dando de comer a los pollos, desyerbando las eras de la huerta.

La vida de la provincia es algo que Sarmiento tiene que tratar con ternura, que no puede mal-tratar. Sí: que haya escuelas, que vengan los inmigrantes, que se tiendan los rieles, que la gente se comunique por los hilos del telégrafo... pero que al fondo no se destiñan las estampas de la infancia. "Una tía solía llegar a casa desde sus tierras de Aguaco, coronando, sobre su rocín mal entrazado y huesoso, unas grandes alforjas atestadas de legumbre y pollos, echando pestes contra don Fulano de Tal, que no la había saludado porque era pobre..." Eran los hechos y recuerdos en Sarmiento una apasionada contradicción del alma: provinciano en la capital, porteño en la provincia.

1841, 42, 43, 44, 45... Van pasando los años. En Chile, el gigantón de Sarmiento, feo, barbado, provocativo, en una palabra: hermoso, es el huracán romántico que, aparentemente, se lleva a empujones el cuidadoso edificio de la cultura americana que viene armando, pieza a pieza, el genio laborioso y equilibrado de don Andrés Bello. Sarmiento es treinta años menor que don Andrés. Si para avanzar por los caminos del progreso y la civilización hay que atropellar la lengua, atropellémosla, decía Sar-

miento. Se arremolinaron los escritores, los académicos, los universitarios, los periodistas. El zonda había soplado sobre Valparaíso, sobre Santiago. Sólo se veían hojas de papel llevadas por la tormenta.

Sarmiento pisaba en el terreno de la revuelta, cobraba impulso por reacción elemental contra Rosas. Rosas gobernaba a la Argentina como si él fuera el gaucho y la Argentina el potro. Todo con el látigo, las espuelas, las bolas, el cuchillo. En Buenos Aires, eran las casas coloradas, la divisa punzó, las lavativas de ají que administraban los mazorqueros a sus adversarios, los aquelarres que organizaba misiá Encarnación recogiendo a los negros de las casas para organizar su servicio de espionaje, la voz del sereno que se alargaba en la noche, de cuadra en cuadra, de esquina en esquina, hasta meterse por debajo de las puertas para que nadie durmiera tranquilo: "¡Abajo los asquerosos, salvajes unitarios!... ¡Viva la Santa Federación!..." Rosas amordazaba a la Argentina. Pero la Argentina brotaba al otro lado del río, al otro lado de la cordillera, al otro lado del Atlántico con la voz juvenil de los emigrados, con el fuego desatado de Sarmiento. Aquello no era para el equilibrio, ni el nivel clásico: se había producido un desnivel pavoroso, y el desbordamiento era inevitable.

Reviró Sarmiento a quienes le decían romántico, y él lo era. Pero les reviró así: "La escuela romántica de Europa fue enterrada y sepultada al lado de su antecesor, el clasicismo... Ambos hace diez años son ánimas del otro mundo, que Dios bendiga... La escuela socialista o progresista se ha parado sobre el pedestal firme y seguro..." Sí: Sarmiento era socialista. No como pudiera imaginarse, de un socialismo europeo: era del socialismo de Echeverría. De los que pensaban en una noble patria argentina que se levantaría otra vez con su bandera azul para dejar atrás a los hombres del Matadero. El dilema era ineludible: O civilización, o barbarie.

Y empieza Sarmiento a trabajar con el barro de San Juan, con el mismo barro que usó para hacer sus muñecos de niño, un Facundo Quiroga. Sarmiento cree en los fantasmas. Trabaja con los fantasmas como Shakespeare. "Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes!" Había que evocar al más bárbaro de los bárbaros para explicar al mundo lo que era la pantera de Rosas.

El general Facundo Quiroga es un personaje que se hubiera diluido en la insignificancia de los segundones si la pluma de Sarmiento no lo convierte en el símbolo que hoy forma parte del tesoro legendario argentino. Ya no es el general Quiroga, sino Facundo. Se cantan romances sobre su vida, sin acudir para hacerlos a los incidentes de su vida que se

recuerdan en los hatos y las ventas, ni tomándolos el pueblo, el puro pueblo, sino de los relatos de Sarmiento. Sarmiento arremetía con toda la pasión de quien quiere levantar a su país de las sombras a la luz. Se propuso dar en tierra con los caudillos bárbaros. Pero le era imposible tocar el piso de la pampa sin sentir un estremecimiento de amor. No le era dable acercarse a los bandidos sin destacar la grandeza de sus hazañas descomunales. Él no había visto la pampa y pudo dibujarla en sus más íntimos detalles. La conocía humanamente, a través de lo que decían las gentes. Los personajes que coloca fuera del mapa de la civilización van ganándose al lector del *Facundo* porque tienen algo mejor que la civilización igualadora: la cultura del hombre que ha pulido su alma en la soledad y hasta en el crimen. Es una cultura con la muerte al fondo. Ese gaucho cantor que anda de pago en pago, "de tapera en galpón", cantando los héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en malón reciente, la catástrofe de Facundo Quiroga... está haciendo candorosamente —lo dice Sarmiento— el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la Edad Media. El rastreador es como un genio que lee las rayas en la palma de la pampa y saca de esa quiromancia las deducciones más asombrosas y exactas. "Una vez caía yo, de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. 'Aquí va', dijo luego, 'una mulita mora muy buena... ésta es de la tropa de don N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer...' Este buen hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa venía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora..." Las cosas que así descubrían los rastreadores eran tan ciertas, que hacían testimonio ante los tribunales. El gaucho forma su tertulia en la pulpería donde se habla de los animales que se han extraviado de los hatos, se trazan en el suelo las marcas de los ganados, se sabe dónde se caza el tigre, dónde el león ha dejado la huella, se arman carreras, se canta... De ahí, sale el gaucho a su vagar y a su tarea. Es él, con su caballo y su cuchillo. "El hombre de la plebe de los demás países toma el cuchillo para matar y mata; el gaucho argentino lo desenvaina para pelear, y hiere solamente. Es preciso que esté muy borracho, que alimente rencores muy profundos, para que atente contra la vida de su adversario. Así, se ve a estos gauchos llenos de cicatrices que rara vez son profundas. La riña se traba por brillar, por la gloria del vencimiento, por amor a la reputación..."

¿Era Sarmiento un cantor, un rastreador, un gaucho? ¿Qué había

detrás de sus palabras famosas: "Todos los tiranos de América llevan mi marca"? ¿Qué era aquello de su "demonio familiar" que vivía sacándole de apuros? Su lamparilla mágica convierte el *Facundo* en una antología viva. Su vida se la saben de memoria en nuestra América. Nada más podría ambicionar para su gloria el héroe rústico de la pampa desierta.

Facundo, desde luego, era un salvaje. Por una disputa al juego mató a patadas al adversario y le estrelló los sesos; a su querida, que le pidió treinta pesos para casarse, con el hombre escogido por el mismo Facundo, le arrancó las orejas; a su hijo Juan le rajó la cabeza de un hachazo porque no había forma de hacerlo callar. Es decir: el héroe brota de un abismo infernal. Y va creciendo con astucia diabólica. Un día, forma la tropa para saber quién había cometido un robo. Cuenta tantos soldados, y toma ese mismo número de varitas de igual tamaño. "Aquel cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ése es el ladrón". Al día siguiente los forma. Revisa. Uno tiene la varita más corta. "Miserable: ¡tú eres!"; el ladrón había cortado su varita en la noche convencido de la magia de Facundo. Otra vez, otro robo. Puso a desfilar la tropa, diciendo: "Yo sé quien es". Con la mirada hizo temblar al que era. Lo sacó de la fila. "¿Dónde está la montura?" "Allí, señor". Lo fusilaron.

Llega el final de la vida de Facundo. Todos sabemos que va a subir al coche de la muerte. Jorge Luis Borges ha hecho de esta página de Sarmiento uno de los poemas mejores de todo el parnaso argentino. En realidad, a la galera, al coche, se suben dos grandes personajes: Quiroga y Sarmiento. Y nos subimos todos. No hay lector que no tome puesto o en el pescante o adentro, en el mismo asiento donde Facundo está sentado como un Dios del Infierno, mirando con ojos de candela rodar los granos del tiempo en el reloj de arena. Se ha invitado a Facundo para que vaya a poner orden en el Norte. Es el 18 de diciembre de 1835. Sale de Buenos Aires. La fecha es importante: Es uno de esos detalles que siempre han de figurar en la historia. Como cuando dice el cantar: "Ese toro ha de morir antes de las cuatro y media".

Alma que se lleva el diablo. La galera vuela. Los caballos patean chispas. El látigo silba. Atrás queda la nube de polvo y el eco de las blasfemias. Llegan a un río. Los caballos no avanzan. Están agotados. Se enganchan bestias frescas. Nada. Quiroga "se enfurece y hace uncir a las varas el mismo maestro de posta..." Pasa la galera. Como una exhalación hace cada jornada desde las cuatro de la mañana en que el caballero de la muerte sube al coche, con todos nosotros, hasta las dos de la mañana en que se concede un reposo de sueño. En cada puesto de postas se

detienen, saca la cabeza Quiroga y pregunta: "¿A qué hora ha pasado un chasque de Buenos Aires?" "Hace una hora". "¡Caballos! ¡Sin pérdida de momento!" Lluve ahora a cántaros. El camino es un torrente. Ya nada de dejar atrás nubes de polvo. Pasan reventando lodo. Mejor. Al llegar a la posta de Pavón sabe Quiroga que no hay caballos. Grita: "¡Caballos! ¡Caballos!" como si pudiera hacerse obedecer del aire. Hay una hora de vacío que parece un abismo de la eternidad. Aparecen los caballos. Sale la galera. "¡Si salgo vivo de Santa Fe, estoy salvado!" Al pasar por Río III los gauchos vecinos llegan a ver a Facundo Quiroga. Todos saben que viene el diablo, por la noticia que traen la lluvia, el viento, las brujas, los diablos menores. Lo miran, los sencillos deslumbrados, con los pequeños ojos grandes. "Pasan la galera poco menos que a hombros". Llega a Córdoba a las nueve y media de la noche. No hay caballos. Le invitan a descansar. Dice Facundo: "¡Caballos!" A las doce de la noche volaba de Córdoba hacia afuera el coche fantasma. Nadie en toda Córdoba ignoraba el plan para asesinar a Facundo. Lo sabía también Facundo. Pasó por encima de ese detalle, llegó a donde debía llegar. Arregló el problema del Norte. Regresó, camino de Buenos Aires.

No acepta escolta. No acepta desviar la ruta, aunque todos le dicen: "Tome el camino de Cuyo, que le es leal". Nada: el diablo no puede tener miedo. A cada parada de la galera le dicen: la gente está apostada; lo esperan en tal sitio; lo van a matar. Nada. Grita a los postillones: "¡A Córdoba!" Al llegar a Ojo de Agua alguien hace detener la galera. Trae el aviso exacto de donde están apostados los asesinos. "Gracias, amigo", le dice Facundo. "No ha nacido todavía el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga".

La noche en Ojo de Agua es la víspera. Ojo de Agua es la antesala. El doctor Ortiz, que acompaña a Quiroga, no pega los ojos. El posta le ha dado todos los detalles. Son treinta hombres emboscados detrás de la barranca, en Barranca Yaco. Todos armados de tercerola y sable. Matarán a Quiroga, a cuántos le acompañan. Caerá bajo las balas el doctor Ortiz. Se lo han dicho a Facundo. Facundo lo sabe, y no ha modificado una línea su plan. El doctor Ortiz sabe que va también a la muerte, pero frente a Facundo no hay sino que someterse. No vale ni la pena de temblar. Seguir. Antes de que amanezca Facundo llama a su negro. "¡Tengan bien limpias las armas!" Facundo no mirará a la muerte con las armas sucias. Se tiñe el cielo de rosa. Uncen los caballos. Suben—subimos—a la galera. Llegan—llegamos—a Barranca Yaco. Ya Facundo no es un general de carne y hueso, es una figura de leyenda. Llegaron a donde

era. Dos descargas atraviesan por ambos lados la galera. A sablazos caen los caballos, y el postillón, los correos y el asistente pasan de esta vida a la eterna en menos tiempo del que se gasta en leer esta noticia. Quiroga saca la cabeza. Era la cabeza del espanto. Por un instante quedó paralizada la turba. Se les heló la sangre. Ya no había remedio. Preguntó Quiroga: "¿Qué significa esto?" Le respondió alguno de un balazo que le entró derecho por el ojo. Así murió Facundo. Concluida la ejecución, Santos Pérez "mandó tirar hacia el bosque la galera llena de cadáveres con los caballos hechos pedazos y el postillón con la cabeza abierta manteniéndose aún a caballo".

Facundo fue una carta de introducción que convirtió a Sarmiento en ciudadano del mundo. Cuando viajó luego por Europa, por el África, por los Estados Unidos, el hombre que había pintado el duelo argentino entre la civilización y la barbarie tenía estatura universal. La gente se acercaba a este polo opuesto a Rosas, cuyas hazañas de gaucho malo de la mazorca roja también llenaban el mundo. Pero ya la mazorca iba a desgranarse. Sarmiento regresó a Chile, se sumergió en obras de educación y periodismo. A poco, fue a enrolarse en Montevideo en los ejércitos que iban a seguir la bandera de Urquiza. El general le recibió con formalidad militar, y le designó "Boletínero del Ejército Grande de Sur América". Y de Boletínero militar fue en la campaña hasta llegar a Caseros. ¡Caseros, el fin de la tiranía! La silueta de Rosas, perdiéndose en las aguas del Atlántico. En la propia mesa del tirano escribió Sarmiento, a los pocos días, sus primeras impresiones de Buenos Aires.

Lo que sigue es la vida política del hombre que estaba poseído, más que ningún otro político de América, de que la escuela es el comienzo de redención de las naciones. Hacer de cada niño que lea la cartilla, un ciudadano. Recuerdo de Provincia. Seguía siendo un bárbaro, que en el parlamento, en el periódico, en la calle paraba a los adversarios con sus salidas. Le decían el "loco". Y cuando escribió su autobiografía él mismo recordó los versos de Shakespeare: "Es un cuento contado por un loco... que nada significa". Cuando Nicolás Calvo lo retó a duelo, le respondió: "Aceptado duelo; hora, doce del día. Lugar: Plaza de Mayo. Padrinos: Jefe de policía y Arzobispo. ¡No sea zonzo!"

Le presentó Lucio V. López al autor de unos artículos ofensivos. "Reconozco", le dijo Sarmiento, "al hipopótamo que asomaba los hocicos para tomar aire en un diario inédito, lanzando sus chorros de agua con cieno". Un estanciero le dijo a Sarmiento: "Si a cada uno de los mozos que se llaman liberales se les da vueltas patas arriba, no se les caerá un

cobre del bolsillo". Y Sarmiento: "Patas arriba o patas abajo, a usted jamás se le caerá una idea. Toda su respetabilidad la debe a la procreación espontánea de los toros alzados en sus estancias". Le preguntó el jefe del ejército: "Si el presidente me manda disolver el congreso a balazos, ¿obedeceré?" Sarmiento: "Si tal desgracia le sucede, hágase dar la orden por escrito y péguese en seguida un tiro, y así saldrá de dudas. Su oficio es morir".

Le hicieron gobernador de San Juan. Una de las primeras cosas que decreta es que todas las tiendas y las casas mantengan un farol encendido desde la oración hasta la medianoche, cuando no haya luna. Y en seguida se preocupa de abrir escuelas, hospitales, cementerios, de prolongar y anchar las calles... Cuando viaja a Estados Unidos es el más curioso, incansable observador. Traba amistad íntima con Horace Mann. Estudia todo lo que pueda ser útil a la educación. Vuelve a la Argentina y se entera en el buque de que se le ha elegido presidente. Acomete entonces todas las obras de progreso propias de la época: telégrafos, ferrocarriles, la navegación de los ríos, ordena levantar el censo, establece colonias agrícolas, funda las bibliotecas populares, el jardín botánico, y escuelas, escuelas, escuelas. Hace que en las escuelas se formen colecciones de minerales. Funda en Córdoba la facultad de Ciencias. Y lucha, y polemiza, y escribe. Protesta la legación de España porque se haya celebrado en Buenos Aires una manifestación por Cuba Libre, y él responde: "El derecho de reunión es tan nato como el pensamiento". Sus fórmulas eran de acción: "hacer las cosas: hacerlas mal, pero hacerlas". "Educar al soberano". En el álbum de una mujer escribió: "He labrado como las orugas mi tosco capullo, y sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan... No desee mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé sólo a hurtadillas".

La guerra de la Triple Alianza dejó al Paraguay sin un hombre mozo. Este país rústico e ignorado, se había batido con ferocidad primitiva contra el grande imperio del Brasil, contra la República Argentina. Peleó con rabia. Hasta que no le quedó al último soldado cartucho en la cartuchera, ni gota de sangre en las venas. De las trincheras salían las mujeres, rojos los ojos de llanto y de ira, a romperles botellas en las cabezas a los enemigos. De cada cinco habitantes, cuatro habían entregado sus vidas. Los propios vencedores abrieron los ojos de espanto y admiración. Era presi-

dente de la república, Sarmiento. Una sola cosa alivió a los derrotados: la frase del ministro argentino Varela: "La victoria no da derechos sobre los vencidos". La expresión es de grandeza indiscutible. Los paraguayos no guardaban rencor al viejo presidente argentino. Lo acogían en Asunción con fiestas.

Cuando Sarmiento sintió que le llegaba su hora, dejó a Buenos Aires en busca de un clima mejor. Río arriba llegó a Asunción. Los paraguayos le regalaron un solar. El viejo, que se acercaba a los ochenta, se puso a romper la tierra, a levantar casa, a cavar para buscar un ojo de agua. En todo había un poco de irrevocable vanidad, pero ¡qué madera de patriarca! Hay que recordarlo ahora, y recordarlo con el hombre que tanto le amó, con ese otro gran viejo, Ricardo Rojas, que escribió la vida de Sarmiento porque "si los contemporáneos lo apodaron 'el loco'... la crítica póstuma prefiere otorgarle la jerarquía de 'genio' ". Dice don Ricardo: "Su alojamiento estaba cerca del río, y el panorama abríase desde la barranca hasta la ribera chaqueña, una y otra región cubiertas de selas vírgenes, donde había yacarés a la orilla del agua, y en la espesura osos hormigueros, jabalíes, dantas, jaguares..." Era como esos bosques que pinta Rousseau, con desmesuradas flores blancas y rojas, fabulosas, ojos fosforescentes abiertos entre el helecho que miran al explorador alucinado, papagayos decorativos y, en la noche, la enorme luna, llena.

Hasta su muerte, el gigantón Sarmiento fue un niño enamorado de su América. Tenía que morir donde el continente es verde, donde los indios caminaban, del río al bosque, sobre caminos de flores. Donde está el nido de aguas más blancas: el Iguazú del mundo. Cuando el drama de la guerra se acercaba al acto final, Sarmiento ya había transformado en un sueño el holocausto: "...el Paraguay quedará abierto al comercio y la civilización del mundo, y ricos dones de la naturaleza tórrida descenderán por aquellos ríos majestuosos a unirse en la bocas del Plata, con lo que traerán otros ríos de climas templados; y aún quizá se realice la idea de canalizar el terreno que divide el Paraguay, afluente del Plata, con el Madera, afluente del Amazonas, que está por la naturaleza ligado al Orinoco, presentando así al mundo atónito, el último de los mundos en reserva para el desarrollo de la humanidad, con una navegación fluvial de mil doscientos ríos tributarios, atravesando el valle del Amazonas, que es por sí solo un mundo, y descargando sus aguas en el mar Caribe al norte, o en el río de la Plata al sur, o en el Amazonas al este..."

¿Sueños de poeta impenitente? Seguramente. Pero a veces hay cosas que suceden. Cuando Paula Albarracín tiraba de un lado a otro la lanza-

dera, a la sombra del árbol de las brevas, pudo pensar —y parecía una locura— en que ese mocoso de Domingo Faustino podría llegar a ser un presidente de la nueva república. Tal vez el primer hombre de la América de su tiempo... Fábulas que inventan las madres... Y Domingo Faustino lo fue. Ahora Domingo Faustino jugaba con el barro fresco de Sur América, y soñaba como su madre.

¡Un tranvía a las dos de la mañana! Nunca se había oído aquello en las calles de Asunción del Paraguay. Rechinaban las ruedas. Silbaban los rieles de reluciente azogue, como la flauta de un loco. El conductor, a quien sacaron malhumorado de la cama para que enganchara los caballos, los animaba con la zurriaga y con palabras ásperas, sucias. Al oír todo esto las gentes perdían el sueño. Las tres últimas horas de sueño en una ciudad tierradentro, donde todo se reduce a trabajar y a dormir. ¿Por qué un tranvía a las dos de la mañana? Sólo la muerte viaja a semejantes horas. Las mujeres, los mozos, los viejos, se quedaban con los ojos abiertos y cruzaban palabras en guaraní, sin encender una vela. Anuncios de esa clase hay que verlos en las tinieblas. En el tranvía iba un personaje: el ministro de la Argentina, García Merou. Un compatriota le acababa de avisar que en La Cancha —aquella casa famosa donde vivió nada menos que la Madame Lynch— espiraba el viejo Sarmiento. El gobierno del Paraguay, en el acto, ordenó que le prepararan un tranvía expreso a García Merou.

La noche estaba espléndida. Cuando el ministro subió al tranvía, era el cielo estrellado. Parecía tachonado de azahares. Además, el aire húmedo y tibio estaba penetrado por el perfume de los naranjos en flor. Asunción era así: una aldea que crecía bajo los árboles o salpicados de flores o cargados de frutas. Si Sarmiento ya había muerto, su alma estaba en el aire. Asunción era como San Juan y sus naranjos en la casa de Paula Albarracín. El ministro escribió más tarde: "...el lamento de la brisa entre los árboles, el canto lejano de una ave solitaria, el ruido sordo del río..." Cuando el tranvía paró en La Cancha, el cielo comenzaba a teñirse de rosa. Era la aurora anticipada. El ministro entró a la alcoba y vio a Sarmiento, en un angosto catre de fierro, ya muerto. "Tenía el rostro dado vuelta hacia la pared, y una de sus manos extendida sobre el cuerpo. Sosteniendo esa mano helada, de rodillas, su nieta María Luisa".

Como de costumbre, a las cinco de la mañana todo el mundo en Asunción estaba en pie. Y sabían que había muerto... ya no "el loco" Sarmiento: Sarmiento, don Domingo. Ese había sido el tranvía. Seguían

sonando en los oídos las herraduras de los caballos haciendo cantar las piedras. El cuento corría de boca en boca, en guaraní, muy paso, muy paso, lo mismo que el hilo cuando se está tejiendo el ñandutí, lo mismo que el agua cuando rueda entre las piedras del río. Al fondo de la sombra de Sarmiento diríase que todo quedaba reducido al hilo de plata que tejen las arañas, al perfume de azahar caído de las estrellas.

Toda Asunción salió a los muelles. Eran las nueve y media de la mañana, y la luz era de mediodía. Troneaba el agua afanosa del casco del buque, como el potro que ya quiere arrancar. Los paraguayos no se daban prisa para soltar las amarras. Entre la caja negra, "con agarraderas doradas", el gran Sarmiento dormía. La cara, ya de ceniza. Las manos, hielo. Eso, lo esperan todos cuando van a ver cómo camina la muerte. Pero aquí había cosas nuevas: sobre el féretro cuatro banderas: las de la Argentina y el Paraguay, las de Chile y el Uruguay. Desde el mediodía hasta el anochecer la nave paraguaya llevó, aguas abajo, la carga solemne. A veces, pequeños grupos de gentes asomaban a la orilla, brotados de la selva. Lo sabían todo. Miraban en silencio. ¿Cómo voló la noticia? Tú lo sabías muy bien, abuelo Domingo: son misterios de Dios... y de la selva bruja. Sobre la caja negra la brisa sacudía las cuatro banderas. No dejaba en reposo los colores. En el puertecillo de Formosa esperaba el barco argentino, el "San Martín". Los niños de las escuelas cubren las banderas de flores. De ahí en adelante los funerales de Sarmiento fueron como los de Lincoln en los Estados Unidos. El pueblo se agolpaba a los puertos, en las ciudades — Corrientes, Paraná, Rosario, Buenos Aires. Se humedecían los ojos recordando al viejo loco, al orador brutal que había dicho: "Le haré a la historia americana un hijo". Al que había tendido los alambres en la pampa. Al que había hecho de toda la república una escuela. Al que había sido provinciano en Buenos Aires, porteño en la provincia.

"Al pasar frente a Las Palmas, obraje y reducción en la costa chaqueña, habíase visto sobre la barranca del río una multitud de gauchos a caballo, de niños arrodillados y de indios que arrojaban a las aguas guirnaldas silvestres".

Es extraño que Sarmiento muriera en el mes de septiembre. Dice don Ricardo Rojas que "según algunos, el morirle fue, en su caso, algo así como un descuido de la voluntad, dando por cierta la opinión atribuida al doctor Burmeister de estar constituido para centenario". Brujerías de los guaraníes... Sí: murió porque le dio la gana. Brujerías de Sarmiento. Un día le dijo a su nieto Augusto: "No paso de este año, hijo: me voy

a morir". Pero en seguida rectificó con viveza: "Ah, si me hicieran presidente les daría el chasco de vivir diez años más". No le hicieron presidente, y el abuelo, más ladino que burlado, se levantó en la noche y apagó la lámpara. Porque le dio la gana...

Septiembre es, de Norte a Sur, mes de la juventud libertadora. El 16, el cura Hidalgo toca la campana de Dolores, y México despierta. El 18 es la independencia de Chile. Las últimas palabras de Sarmiento fueron para su nieto: "Dame vuelta, para ver la luz del día". El 21 de septiembre revienta la primavera. En este día nació el himno de los estudiantes y se celebró la fiesta de la juventud. Es cuando todo está pronto para la renovación, para el renacimiento en el hemisferio austral. Pero el 21 de septiembre de 1888 en Buenos Aires llovía. ¡Qué importaba! Cosas de Sarmiento. En ese día el cortejo fúnebre hacía la última marcha, a través de la Calle Florida. También una lluvia de flores se desgajó de los balcones sobre las cuatro banderas. Si los faroles del muelle y de las calles estaban todos con crespones negros, diez mil niños habían sembrado de flores las calles. Doce caballos negros tiraban la carroza. Los paños de terciopelo negro con franjas de oro la cubrían, pero lo que se veían eran las montañas de flores, el camino de flores, la lluvia de flores. El viejo apagó su lámpara y se hizo la luz. Su memoria es una memoria alegre, ruidosa. Reverdece todos los días en el buen argentino. Sarmiento ha muerto, dijo el 21 de septiembre la patria, y agregó: "¡Viva Sarmiento!" Así se grita en las repúblicas.

GERMÁN ARCINIEGAS,
Universidad de Columbia, Nueva York.